

Palabras finales al Congreso de Abades, 1996 ¹

Mis hermanos y hermanas, supongo que las palabras finales del Abad Primado al Congreso son normalmente tanto un resumen de todo lo ocurrido, como la presentación de algunas perspectivas de futuro. ¡Dudo que esas sean sus expectativas ya que estoy en el cargo desde apenas una semana!

Sería bueno, sin embargo, antes de que finalicemos el Congreso, decirles algunas palabras acerca de mí mismo, de San Anselmo y de la presencia Benedictina en el mundo.

I. Algunas palabras acerca de mí mismo

Soy, básicamente, una persona pacífica. He gastado mi vida buscando poner de acuerdo a personas con puntos de vista opuestos, de modo de resolver una disputa con el beneficio que significa que ambas partes hayan contribuido a la solución. Soy por tanto una persona que desea escucharlos a ustedes y a sus necesidades, sus temores y problemas, sus planes y esperanzas. No es tan fácil que las críticas me atemoricen, al contrario, intento aprender de ellas. Por tanto: me gusta escuchar la verdad. ¡Jamás me la oculten, pensando que pueda perturbarme o herirme! Soy amigo de la verdad, aunque duela.

¹ El P. Marcel Rooney es monje de la Abadía Inmaculada Concepción (Conception, MO, USA). Era abad de ese Monasterio desde abril de 1993. Fue elegido abad primado de la Orden de San Benito el 18 de septiembre de 1996. El texto que presentamos es su discurso de clausura del Congreso de Abades (año 1996), y fue pronunciado el 26.09.96. Tradujo el P. Max Alexander, osb.

Soy, al mismo tiempo y de corazón, profesor: hasta donde alcanza mi memoria siempre he enseñado. Investigar teológicamente, reflexionar profundamente sobre lo investigado, especialmente según los métodos de la *lectio divina*, compartiendo luego los frutos de dicha investigación y reflexión a través de la enseñanza, retiros y otro tipo de conferencias -¡todo esto constituye mi alegría!-. De acuerdo a estas características ustedes descubrirán que prefiero la discusión tranquila, la argumentación razonada, el compartir orante, a la fácil publicidad, la argumentación ruidosa, o la respuesta rápida «de buenas a primeras». Espero poder servirles bien dentro de estas limitaciones de mi personalidad.

II. San Anselmo

Espero que tanto mi temperamento como mi desarrollo personal como también mi experiencia de algunos años como profesor y «oficial» (Subprior y luego Prior) en San Anselmo me posibiliten servir bien a nuestro *caro collegio*. Sé que ustedes no me eligieron ni para cerrar San Anselmo, ni para «maldecir la oscuridad» de sus dificultades. Todo lo contrario, entiendo que este Congreso desea que se den una clara y atenta consideración tanto al Colegio como al Ateneo, para descubrir cómo mejorarlos a fin de servir a la Orden y a la Iglesia aún mejor.

Estoy convencido de que podemos encarar los problemas de San Anselmo como verdaderos desafíos, utilizando lo mejor del mundo moderno para transmitir lo mejor de las antiguas tradiciones. He pensado muchas veces que la nueva tecnología podría ser utilizada en San Anselmo para ayudarnos en nuestras tareas en el Ateneo, y así lo haremos, con la urgencia y en el sentido en que el Abad Patrick Barry de Ampleforth ayer nos lo encarecía.

La cuestión es poner la tecnología al servicio del estudio. Y poner el estudio al servicio de la Confederación y de la Iglesia. Revisaremos los programas del Ateneo, estoy seguro, a fin de poder servir mejor. Y de que ustedes escucharán mis pedidos, estoy igualmente cierto, acerca de la necesidad de contar con excelentes profesores para que secunden nuestro servicio.

Respecto a los alumnos para San Anselmo: muchos han destacado su importancia como uno de los centros del mundo monástico, en el que puede realizarse un maravilloso intercambio entre monjes de países y de tradiciones diferentes, para mutuo beneficio de todos. Comparto este entusiasmo por San Anselmo.

Sin embargo, no todos los estudiantes benedictinos del mundo tienen su lugar allí. El estudiante (anselmiano) necesita una cierta madurez en su compromiso monástico para usar bien de la libertad proporcionada por una vida de intensa

actividad intelectual. También necesita poseer cierta flexibilidad y apertura mental para aprender de otros, especialmente de otras culturas y tradiciones, a fin de sacar provecho de esta inusual mezcla de expresiones monásticas, una verdadera *suppa di diversità e di santità!* Sin esta apertura hacia los otros, existe la tentación de refugiarse en un «ghetto» de propia fabricación, que lleva alrededor de mesas de café o de ..., a mucha murmuración y a conversaciones muy poco caritativas. El tipo de estudiante requerido es el que demuestra tanto madurez en la disciplina monástica como apertura para crecer. Alguien así puede aprovechar mucho de la experiencia y enseñanza ofrecidas por San Anselmo. Capacidad de aprender idiomas forma parte fundamental de las dotes requeridas. Puede ser uno de los primeros signos de una inteligencia y un corazón capaces de crecer, lo bastante fuerte como para ser un líder, lo suficientemente sabio como para conocer sus propios límites, y, reconocerlos. Un corazón abierto evita la estrechez de pretender que todos sean tan ignorantes como nosotros en esta materia para que así podamos sentirnos tontamente cómodos. (Me permito, entre paréntesis, un breve consejo a mis hermanos abades: no subestimen la capacidad de sus monjes jóvenes para aprender idiomas; no carguen sobre ellos sus propios temores y fracasos de antaño. Déjenlos intentar: ellos nos sorprenden muchas veces con su capacidad de aprendizaje rápido y satisfactorio. Proporcionenles las semanas previas necesarias para aprender italiano antes de llegar a Roma).

Por otra parte, lo que acabo de afirmar no niega la posibilidad ni la apertura para usar otros idiomas en nuestra vida académica, tanta como la que usa la comunidad de San Anselmo en su vida cotidiana. Muchas posibilidades se abren al respecto, especialmente en el plano del trabajo académico. Pero, en última instancia, es necesario elegir un idioma para la casa, y esto debe ciertamente hacerse considerando más el país en el que se vive y estudia que la opinión de los que allí residen.

Otro hecho que no debe ser olvidado es que la Santa Sede hoy apenas si se comunica en latín, y buena parte de su quehacer se expresa en italiano. Mucho habría que agregar sobre las ventajas involucradas en el aprendizaje y en el familiarizarse con esa manera de pensar, debido a los potenciales beneficios futuros. Esto último se relaciona con otro valor representado por San Anselmo, que no sólo funciona como centro de la Confederación Benedictina, sino que lo hace cerca del centro del supremo liderazgo de la Iglesia, la Santa Sede. Muy pocos lugares en el mundo pueden proporcionar una perspectiva comparable sobre la vida de la Iglesia Católica a la ofrecida por nuestro *Collegio y Athenaeum*. Aquí pueden ser cultivadas, en forma única, las normas de fe comunes que nos mantienen unidos, sin que obste en contrario la diversidad de observancias que dan expresión a dicha fe.

III. La Confederación

Me siento «humillado» (*humbled*) por haber sido llamado por Ustedes a estar al frente de la Confederación, este tesoro de fe y caridad, de esperanza vivida en un mundo en rápida evolución. Ese don que somos el uno para el otro y para la Iglesia y el mundo más allá de nuestros monasterios es una realidad difícilmente expresable con palabras. Un Congreso como el presente, que abre nuestras mentes a perspectivas nuevas sobre la formación en este mundo secularizado en el que vivimos; abre nuestros corazones con las llamadas nuevas para ejercitar nuestra caridad y ayuda fraterna en China y en tantos otros países, en favor de causas tan diversas; abriendo nuestras vidas y experiencia monásticas para compartirlas mutuamente, y, abriéndonos a la mujer Benedictina que aporta una inmensa riqueza de fe y testimonio a la Orden en su totalidad; un Congreso como este, despierta, sin duda, en todos nosotros un espíritu de acción de gracias por haber sido llamados a ser benedictinos e igualmente un sentido de renovado compromiso a vivir nuestro llamado con mayor fidelidad. Si de alguna manera puedo ayudarles en esto, sepan que ese es mi deseo.

Es evidente que hoy se nos hace un llamado especial: mientras intentamos renovarnos dentro de los claustros («La vuelta al espíritu del fundador», *Perfectae Caritatis*), debemos mirar hacia afuera con sentido misionero -sea con la oración, la ayuda económica o de personal- buscando cooperar en la construcción de la Orden y de la Iglesia a través del mundo. Esto está de acuerdo con el llamado de los Papas, especialmente en este siglo, sobre todo Pío XII y Juan Pablo II. La misión siempre ha sido parte de nuestra vida, sea en casa o lejos de ella. El llamado a la misión nos incluye a todos -Asia, África y América del Sur, como también Europa y América del Norte-. Realizamos la misión de diversas maneras, pero la oración es la forma primaria de realizarla, ya que nosotros participamos de la misión del «único Enviado», Jesús, el pionero de la fe (*Hebreos*) y el primer «misionero de la Ssma. Trinidad» en medio nuestro. Nuestra oración, dicha con fe y en unión con Jesús, contribuirá mucho para fomentar el trabajo de aquellos que tienen el privilegio de servir de forma más inmediata y concreta.

Preveo cambios rápidos en el mundo en el futuro inmediato, lo que postula la necesidad de más y mejor comunicación entre nosotros si queremos ser ayudados como corresponde, alimentados material y espiritualmente, capacitados para servir en plenitud. Espero que el cargo de Abad Primado se convierta en vehículo adecuado para dicha intercomunicación entre nosotros los abades y con los monjes, con las mujeres Benedictinas, y con la Iglesia en su totalidad. Tengo mucho que aprender en este terreno, pero esta es mi gran esperanza.

IV. Conclusión

Una palabra especial de agradecimiento para todos aquellos que trabajaron con el fin de que este Congreso fuera un éxito: el Pro-Primado, abad Francis Rossiter; el P. Jacques Côté, cuyo incansable esfuerzo produjo tanto fruto; el P. Aquinas Nichols, quien se encargó de que tuviéramos una cuidada liturgia -como también nuestra *schola*: el Hno. Ignazi Fossas Colet, P. Thomas Kohler y P. Paolo Maria Gionta, y, especialmente, el P. Mario Ravizzoli, quien se encargó de que la administración corriera como una seda. Un agradecimiento especial para nuestros traductores por su duro trabajo: ellos siempre tienen un trabajo muy difícil.

En conclusión, simplemente les digo «Muchas gracias» a todos por su testimonio inspirador hacia mí y hacia los demás, un testimonio de lo que es eso de ser Benedictino: seriedad en la oración y en la búsqueda de Dios en un mundo surcado por el TGV (tren ultra rápido), caballescra fraternidad en espíritu de amor y confianza, apertura para aprender y crecer en el contacto con los otros, fidelidad en todas las cosas a nuestro llamado. Que el Señor nos conceda crecer en gracia y en número, para que nuestro servicio a la Iglesia y a Dios que nos llamó y bendijo con tantos dones, sea aún mayor.

¡Muchas gracias!

*Badia Primaziale Sant'Anselmo
Piazza Cavalieri di Malta, 5
I-00153 Roma
Italia*